

Día Internacional de la Familia - 15 de mayo 2011

Mensaje de Eugen Brand, delegado general del Movimiento Internacional ATD Cuarto Mundo

Queridos amigos:

Los compromisos de ustedes, aprendidos en el seno de sus familias, de sus pueblos y de sus barrios, sirven de aliento a muchas otras personas en este planeta. Y de la misma manera, sus compromisos se ven fortalecidos gracias al apoyo de otros.

Esos compromisos se manifiestan en todas partes. Desde Costa de Marfil hasta Japón, donde, frente a las relaciones de fuerza que sacuden el país, hay personas que intentan a todos los niveles vivir una comunidad basada en el respeto mutuo, y otras hacen todo lo posible por seguir el rumbo de una ecología que se inventa en la escuela del rechazo a la exclusión social. También desde Egipto hasta Haití, donde hay personas que se esfuerzan por construir una gobernanza que coloque la erradicación de la pobreza extrema en el centro de sus objetivos y donde otras tratan de enfrentarse a la arrogancia de la comunidad internacional. Esta impone al país su saber y su poder económico, cuando precisamente debería repensarse la cooperación internacional teniendo en cuenta la inteligencia y la experiencia de ese pueblo.

Todos esos compromisos, unidos los unos a los otros, constituyen la belleza del mundo, la fuerza de nuestra época. Dan sentido y orientación a las acciones que hay que emprender en una actualidad sacudida por catástrofes naturales y humanas sin precedente. Permiten ir más allá de respuestas siempre limitadas al corto plazo de la urgencia, demasiado a menudo enclaustradas en derechos mínimos, como si las personas afectadas fueran menos que seres humanos.

Estos compromisos, unidos los unos a los otros a través de las fronteras, son constructores de paz entre todas las familias y los pueblos. Pero no ocupan la primera página de las grandes redacciones, de las agencias de información y de diálogo. La violencia sigue formando parte de la imagen en la que todas nuestras sociedades encasillan a los pobres. Numerosos análisis de expertos mantienen estos prejuicios y como resultado se levantan muros infranqueables entre aquellos y aquellas que sufren la injusticia de la exclusión social y los demás.

Hoy en día, en todos los continentes, los hombres y las mujeres se movilizan y toman la palabra:

La extrema pobreza es una violencia permanente que alcanza a la vida de nuestros niños, de nuestros jóvenes, de nuestras familias y barrios. El entorno en el que nos vemos obligados a vivir conlleva violencia. Los únicos lugares en los que conseguimos instalarnos son zonas inundadas cubiertas de agua contaminada, con edificios desahuciados, barracas, solares en los que el barro impide cualquier construcción. Generalmente, nuestras casas son tan precarias que cuando llueve tenemos que quedarnos despiertos toda la noche para poder trasladar a nuestros hijos y llevarles a un lugar seco. Y cuando los sitios donde vivimos son arrasados por el agua o cuando nos persiguen o nos expulsan, vivimos la violencia de perderlo todo una vez más y tener que encontrar el modo de comenzar otra vez de cero.

La ignorancia entraña mucha violencia. Nuestros niños y nuestros jóvenes se dan cuenta enseguida de que los profesores, los trabajadores sociales, los jueces, los patronos no tienen ni idea de la vida y el valor de sus familias. Ven que las instituciones sociales no tienen ni interés ni respeto por el punto de vista de sus padres. Cuántos niños, felices con la idea de su primer día de colegio, al final acaban siendo convencidos de que son incapaces de aprender. En las escuelas donde no se reconoce a los niños, donde sus saberes y experiencias no son valoradas, no se desarrollan sus posibilidades ni se ejercita su mente.

Es una violencia que ataca a su inteligencia y su creatividad.

La violencia que más nos alcanza, y que explota a veces hasta en el seno de nuestras familias, viene de todas las humillaciones sufridas y, en primer lugar, de la de no poder decir nunca

*libremente lo que pensamos porque dependemos demasiado de otros para sobrevivir.
«La verdadera violencia es aquella que se apodera de la intimidad, la vida, la identidad personal y colectiva de las personas.»¹*

En todos los continentes, hombres y mujeres rechazan esta violencia y participan activamente en la construcción de puntos de encuentro donde sea posible reconocernos como parte de una misma humanidad, unirnos unos con otros por un mundo finalmente «liberados del terror y de la miseria».²
La violencia no es un tema de estudio: forma parte de nuestra vida y de la de los demás. No se puede dejar una cuestión de tal importancia únicamente a los expertos. Debemos encontrar el valor para romper el silencio. En todos nuestros barrios, los habitantes se enfrentan a la violencia. ¿No son ellos los primeros agentes de paz? Como la madre que se levanta todas las noches, sabiendo que uno de sus hijos mayores ha sido captado por una banda callejera y que está fuera vendiendo droga. Tiene miedo de que le maten. Y al mismo tiempo teme por las otras madres, cuyos hijos corren el riesgo de acabar comprando la droga que vende su hijo y caer en la espiral de la miseria. O como el padre que se niega a enviar a la cárcel al hijo de un vecino, porque sabe demasiado bien que las condiciones en prisión pueden destrozar vidas para siempre.

Es esta determinación la que ha llevado al Movimiento ATD Cuarto Mundo a poner en marcha desde 2008 una reflexión en torno a la cuestión: «La violencia que sufren los pobres, ¿de qué paz son ellos actores?» Este trabajo de conocimiento, llevado a cabo por grupos de personas activas en una veintena de países, se desarrolla en el marco de un camino de «cruce de saberes»³
Culminará en enero de 2012, con un coloquio internacional en la sede de la UNESCO, organización de las Naciones Unidas encargada de promover una «cultura de paz» en el seno de la comunidad internacional.

Mediante el diálogo con personalidades del mundo universitario, económico, medioambiental, cultural y espiritual, los agentes de este nuevo conocimiento se esforzarán por demostrar y comprender juntos hasta qué punto cualquier objetivo que tiene como único fin la reducción de la pobreza extrema (a semejanza del objetivo de Naciones Unidas de reducir en un 50% el número de pobres de aquí a 2015) constituye una fuente inaudita de violencia, en contradicción profunda con un proyecto de civilización basado en la dignidad de todos.

Las familias que se enfrentan a la pobreza extrema tienen un sentido de la paz que el mundo todavía no conoce. Saben por experiencia que sólo un desarrollo sostenible que no olvide a nadie construye una paz duradera. Poseen maneras únicas de resistir la violencia generada por la exclusión social y se atreven con caminos de paz que no son percibidos ni reconocidos en nuestras sociedades. En la actualidad del mundo, son estos esfuerzos invisibles los que merecerían hoy el premio Nobel de la Paz.

1 Padre Joseph Wresinski – “La violencia que sufren los pobres”, 1968, Revista Igloos nº 40

2 Declaración Universal de Derechos Humanos de las Naciones Unidas

3 *El Cruce de los Saberes y de las Prácticas* : Próxima publicación